

SERMON

PARA EL DIA DE SAN ANTONIO

Abad.

Videte contemptores, & admiramini.

Vosotros, los que despreciais, ved, y admirad. *Actor. 13. 41.*

NO ha havido siglo en que menos se respete à los Santos, que en el nuestro: este siglo, que inquieta el silencio de los mas oscuros sepulcros, para resucitar los nombres favorables à la incredulidad, solo tiene censores para aquellos hombres, que merecen vivir tanto en la historia del mundo, como en los anales de la Iglesia: es prodigo de elogios con los Porphirios, y Celso, y guarda sus desprecios para los Pablos, y Antonios. Antonio especialmente, es para el mundo impio, y libertino, un indecente motivo de burlas, y escandalosos oprobios: ¿es posible, que nuestro siglo no haya de conocer en San Antonio mas que sus tentaciones? ¡Oh, vosotros, los que le despreciais, oid, y admirad!

Antonio vivió mas de un siglo, y todos sus dias fueron dias completos en la presencia del Señor: examínadlos bien, y os avergonzareis de ultrajar à un Santo tan digno de vuestros respetos: *Videte contemptores.*

Desde el tercer siglo, hasta nuestros tiempos, ha

sido célebre en todo el universo el nombre de San Antonio: seguid las huellas de su fama hasta los climas, que fixan los limites del mundo, y Antonio, objeto de vuestros desprecios lo será de vuestra admiracion: *Contemptores admiramini.*

Antonio es ornamento de la soledad, Patriarca de los Solitarios, terror del Infierno, azote del Arrianismo, y vencedor de los Tyranos: estos son los titulos, que se dán à su fama desde tiempo de Constantino. Antonio mereció estos titulos por su retiro, por su penitencia, por sus combates, y por sus triunfos.

Antonio vivió, mereciendo en la Iglesia por espacio de un siglo: este merito le vereis en la primera parte de este discurso: *Videte contemptores.* Antonio, ya há quince siglos, que goza en la Iglesia de una fama inmortal, y esta fama será el objeto de vuestra admiracion en la segunda parte: *Contemptores admiramini. AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

CAminar por espacio de un siglo entero, con iguales pasos, por la estrecha senda de la perfeccion: conservar, y aun dar nueva actividad al fuego, que anima los ardores de la juventud, entre las escarchas de la ancianidad; contar el numero de los dias por el de los sacrificios, es un merito raro, y aun acaso unico; pues este es el merito de San Antonio.

Conservó su fervor por espacio de un siglo entero, sin la menor relajacion: sostuvo por el espacio de

de un siglo los mas fuertes combates, sin interrupcion, y estuvo haciendo por espacio de un siglo los mayores servicios, sin interes.

Este es el especial distintivo que goza en la Iglesia San Antonio. ¡Oh, libertinos, è incredulos, venid à admirarle! *Videte contemptores.*

Nació San Antonio en tiempo de Decio, y murió imperando Constancio: la aurora de este astro, que havia de iluminar todo el desierto, empieza à manifestarse à la mitad del siglo tercero; ya havia pasado la mitad del quarto, y todavia resplandecia en la Iglesia este astro luminoso: Antonio vió sentarse sucesivamente en el Trono de los Cesares, veinte Principes: y todos estos Principes vieron à Antonio siempre el mismo en la constante practica de sus fervorosas virtudes.

El fervor nació con San Antonio: apenas empieza à manifestarse su razon, quando las reflexiones se apoderan de su alma: mira la opulencia, y nobleza de sus antepasados como bienes inutiles, y los desprecia: considera el Christianismo, y la virtud, como bienes utiles, y los abraza: no permite, que se ocupe su espiritu en el estudio de las ciencias profanas: *Non se litteris erudiri passus est.* (*Athan. in vita S. Ant. cap. 1.*) Estudia la ciencia de la salvacion, sin entregarse à otro estudio: el sepulcro de un padre, y de una madre, à quien tiernamente amaba, le sirve de escuela, en donde oye una voz que le persuade, que el Christiano solamente ha de vivir, para disponerse à morir. Luego que se halló libre, y dueño de sí, ¿qué uso os parece hizo de aquellos instantes, en que no tenia

Maes-

Maestro à quien consultar, yugo à que sugetarse, ni Juez à quien temer? Los dedica à buscar por Maestro à Dios, y à pedirle que sea su Padre; à imponerse el yugo de la perfeccion, y à mirar como Juez à su propia conciencia, Juez mas rigido que los primeros directores de sus acciones.

Mira Antonio con reflexion al mundo, advierte los peligros que en él le amenazan, è inmediatamente rompe los lazos que pudieran detenerle en él: *Saeculi vinculis liber.* (*ibid.*) Quiere llevar al desierto la inocencia, y no el arrepentimiento. Ve en hora buena, tierna víctima, vé à donde te llama el Cielo: sigue tus deseos, pues tus deseos solamente son por la virtud; pero advierte, que antes que fabriques tu sepulcro en el desierto, te pide el Cielo un sacrificio: un prodigio de desinteres debe disponer el corazon de Antonio para los prodigios de su penitencia: acude al Templo Santo para oír en él con docilidad la palabra de vida eterna: oye, ¡ò disposición admirable de la providencia! oye aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, vende todo quanto posees, dà su precio à los pobres, y sigueme:* inmediatamente le dice su corazon, que se dirigen à él estas palabras: *Ad se dominicum traxit imperium.* (*ibid.*) obedece, y ya sacrifica anticipadamente en su alma sus posesiones, y esperanzas: lo que havia reservado para una hermana, digna de sus cuidados, y de su amor, lo repartió entre los pobres al oír la sentencia de Jesu-Christo, *no cuides del dia de mañana.* Antonio se sepulta en la soledad, sin mas tesoro que sus virtudes, y con la firme resolucion de adquirir alli las que le faltan.

Va-

Vamos en espíritu, Católicos, à la soledad de Antonio: examinemos su corazón: ¿qué maravillas no hallaremos en él? Se siente animado de la noble ambición de no permitir que otro alguno se le adelante en la carrera de la virtud: empieza esta carrera con unas austeridades, que asombran à la naturaleza: su ayuno es un ayuno continuado: parece que à fuerza de abstinencias se ha despojado de su cuerpo, ò que aquella pesada masa se ha mudado en un cuerpo glorioso: su vida mas es una lenta muerte, que vida: *Mors potius dicenda, quam vita.* (Petrus Chrysost.) Antonio es un Martyr, que continuamente se está sacrificando: *Vita ejus Martyrium*: su ingeniosa crueldad inventa suplicios, que se havian ocultado al furor de los Tyranos; ¿pero os parece, Católicos, que el objeto de estos suplicios siempre nuevos, era castigar iniquidades? No por cierto: solo se ordenaban à conservar virtudes.

A la severidad de sus penitencias se añadan Señores, los santos excesos de su amor: su corazón se havia transformado en una ardiente llama: en medio de los heroicos esfuerzos de su caridad exclamaba: *Jam non timeo Deum, sed amo.* (Cassian, in vit. Patr.)

De este amor nace, como de su propia fuente, a mas sublime contemplacion; ¿pero quién podrá imitar à Antonio en el continuado exercicio de sus oraciones? Los dias no alcanzaban para su fervor: se aprovechaba de las tinieblas de la noche para continuar su inflamado, y extatico trato con la di-

visión.

vinidad: su piedad se quexaba al Sol de que salia muy temprano à iluminar los secretos consuelos de que gozaba.

Conviertan otros Solitarios su retiro en teatro de su zelo; nosotros no debemos considerar à San Antonio como Legislador, ni Apostol, sino como un Santo, disgustado siempre de sí mismo.

La perfeccion de San Antonio se estiende à quanto permite la humana fragilidad: y movido de una emulacion sin exemplo, se atreve todavia à aspirar à mas eminente perfeccion, *æmulabatur*. No obstante sus extraordinarias virtudes, luego que sabe, por revelacion del Cielo, que vive en el mundo un hombre mas virtuoso que él, se entrega à la sublime ambicion de imitarle.

El Heroe Christiano, de quien se dá noticia à Antonio, que se hallaba mas adelantado que él en el camino de la perfeccion, era Pablo: Pablo, padre, gloria, y cabeza de todos los Hermitaños: Pablo, que en alas de la fé fue el primero que voló al desierto, que convirtió el desierto en escuela de caridad, teatro de penitencia, y templo de oracion: Pablo, cuya juventud solamente conoció las pasiones para vencerlas: que en la edad madura no conoció al mundo, y ni aun de sí mismo parece que tenia noticia; que cansado, aunque no abatido, con el peso de los años, conservaba en su corazón el fuego del amor divino: ¿que no tenga yo, Católicos, la pluma, y el talento de San Geronimo para representar à Antonio, caminando por países desconocidos, con el fin de hallar à Pablo? Las mas altas montañas parece que se allanan para franquearle el

paso: los mas asperos desiertos, ofrecen à su zelo un camino sembrado de flores: la emulacion no conoce inconvenientes.

El amor, que servia de guia à San Antonio, le conduxo hasta aquella venerable gruta, en que se depositaba el tesoro que buscaba: vé, ¡pero cómo he de poder yo explicar los movimientos de su alma turbada, y satisfecha! Vé aquella luz del desierto, que ya está para apagarse: las debiles fuerzas que nota en Pablo, le anuncian que vá à exhalar el ultimo aliento: humildemente postrado à los pies de aquel prodigio, que le asombra, y confunde, le oye, y le admira: dicele, que es un discipulo, que viene à consultar à su Maestro, un hijo, que desea recibir lecciones de su Padre; pero apenas posee Antonio à este Padre, y à este Maestro, quando le pierde: Pablo expira; ¡Ah, Catholicos! me parece que estoy viendo à Eliseo, enriqueciendose con el doble espiritu que le comunica Elias: cargado Antonio con el precioso cadaver de Pablo, mira como precisa obligacion el seguir sus ideas: cubierto con los vestidos de Pablo, buelve à su amada soledad, para dar nuevas riendas à su fervor: un siglo entero empleado en penitencias, sin la menor mitigacion es el primer merito de Antonio; pero este mismo merito se manifiesta de nuevo en un siglo entero de continuados combates.

Quando hablo de los combates de Antonio, no habeis de pensar, Catholicos, que es mi intento pintaros uno de aquellos barbaros vencedores, que caminando sobre arroyos de sangre, buelan à la conquista de los Imperios, fundan sus Tronos sobre las ruinas

nas de las Naciones, no hallan espectáculo mas agradable à su vista, que vivir en Ciudades reducidas à cenizas por sus armas, y que solamente creen asegurar su fama à proporcion que oprimen à la tierra, y à sus habitantes. Hablo del vencedor, no de Reynos, y hombres, sino del que venció al Infierno: todo el Infierno conspira à perder à Antonio, porque tiene interés en su pérdida. ¡oh, desierto, teatro, y testigo de este nuevo genero de combates, dinos, cómo resistia Antonio à las tentaciones, cómo las vencía, y el fruto que sacaba de ellas: oh, tentaciones de Antonio! ¿Perdonará la incredulidad à la sagrada eloqüencia, el que coloque en la clase de las verdades respetables, unos sucesos que ella coloca entre las ficciones ingeniosas? ¿Quién no sabe, Catholicos, las sacrilegas burlas con que se divierten los incredulos al oír referir las tentaciones de San Antonio? Però si los vanos, y sobervios Philosophos, no las creen, los Geronimos, y Athanasios las confirman: oh, ¡incredulos! si no respetais en Geronimo, y Athanasio la santidad, respetad à lo menos su sabiduria; estos sabios, mas incapaces que vosotros de dar credito à la ilusion, y aun muchas incapaces de prostituir al error sus plumas consagradas à impugnar la mentira, acreditan las tentaciones de Antonio.

Estas mismas tentaciones de San Antonio nos representan, Catholicos, una fiel pintura de las varias tentaciones de que todos los dias somos víctima.

En lo mas retirado del desierto, solamente piensa Antonio en olvidarse del mundo, y éste le sigue hasta en su mismo retiro: el mundo se presenta à

su vista con todos los alhagos de su grandeza, y gloria: *Immitebat ei fluxam sæculi gloriam.* (*Athan. in vit. Ant. cap. 2.*) ¿Quántas almas, que se hallan en el mismo estado padecen las mismas tentaciones? La tentacion de los honores, no solamente acometió à San Antonio, sino que tambien suele acometernos à nosotros.

Antonio se desprendió de las riquezas que heredó de sus padres; pero el espiritu tentador le representa la idea de las riquezas sacrificadas: *Memoriam possessionum:* (*ibid.*) fija el Santo su atencion en los inmensos bienes que habrán ocasionado estas riquezas, tan prudentemente repartidas: la tentacion de las riquezas no es propia solamente de San Antonio: si nosotros tenemos las mismas virtudes que el Santo, nos hallaremos tambien en los mismos peligros.

Superior à las timidas reflexiones de la naturaleza, rompió Antonio los lazos de la carne, y de la sangre, y el Infierno hace que resuene en sus oídos la triste voz de su afligida hermana, que reclama sus cuidados: *Sororis defensionem.* (*ibid.*) ¿Quién no padece estas tentaciones de la carne, y de la sangre? No hay necesidad de ser Antonios para experimentarlas.

Víctima voluntaria de la penitencia, presenta à la tierra que le admira un cuerpo extenuado, imagen verdadera de un cadaver vivo; pero el espiritu de tinieblas le inquieta con la idea de que su penitencia es una indiscrecion, y un homicidio: *Corporis fragilitatem.* (*S. Athan. in vit. cap. 2.*) ¡Ah, y quántos lazos nos arma el Infierno en el camino

de

de la virtud! Esta tentacion de San Antonio es muy comun en todos los corazones virtuosos.

Antonio se fixa en un metodo de vida, que le ofrece todos los dias unos mismos exercicios: en este estado, semejante siempre à sí mismo, le representa el Infierno un fastidioso, y aspero disgusto: *Virtutis arduum finem.* (*S. Athan. in vit. cap. 2.*) De este modo introduce tambien, aun en las almas mas santas, la amargura del disgusto: esta fue una de las tentaciones de San Antonio, pero baxo de este aspecto hay muchos Antonios en el mundo.

Sale Antonio victorioso de todos los peligros; pero en vano se lisongea de que no se le bolverán à presentar nuevos peligros, y nuevas ocasiones: aunque huyamos del mundo, no podemos huir de nosotros mismos: siempre nós quedan una imaginacion fecunda, unos sentidos animados, una memoria fiel, un espiritu, y un corazon: contra este corazon es contra quien se arma el Infierno, por medio de los espectaculos alhagueños, de las representaciones sensuales, de los objetos engañadores, de un fuego que renace en nuestra sangre, de unas llamas que nos irritan, y de unos sueños que parecen realidades: *Cogitationes sordidas.* (*ibid.*) ¡Ah, Catolicos! puede ser que nuestros corazones acaben nuestros retratos, que yo no me atrevo à dibujar. La tentacion de los deleytes es propia de todos los siglos, y de todas las edades: Antonio era hombre, y asi no estuvo libre de ella, no obstante sus grandes virtudes.

¿Pero qué es lo que digo? ¿de dónde salen estos suspiros, y estos llantos? Un tierno niño se prostra à los pies de San Antonio, le confiesa su flaqueza,

za,

za, se declara vencido, y le dá el parabien de sus victorias: *Puer flebat. (ibid.)* Ved, Señores, como procura el Infierno vencer con la vanidad à un corazon à quien no havia podido conquistar con los demás ardides: no es unico el exemplo de Antonio, Catolicos; à muchos que han resistido à las tentaciones de la sensualidad, procura vencerlos el Demonio con la tentacion de la soberbia.

Acaso podrá suceder que el que no ha sido vencido con los ardides, se dexé llevar del miedo: este es el ultimo arbitrio à que recurre el Infierno. Turbase el ayre; por todas quatro partes amenazan tempestades, y borrascas; tiembla el desierto de Antonio con el formidable ruido de relampagos, y truenos: todo es confusion, y espanto: llenase aquella soledad de espectros, de furias, y de monstruos: *Multifaria daemonum turba: (ibid.)* todas son imagenes sensibles de las borrascas con que nos amenaza el Infierno, y de los golpes que dirige contra nosotros para hacernos perder la inocencia, que destruyé todas sus ideas: muchos Christianos hay en el mundo, que son tan terriblemente tentados como lo fue Antonio en el desierto.

¿Quereis saber, Señores, qual fue su valor en las tentaciones? Oh, vosotros, los que nos haveis conservado la memoria de sus combates, manifestadnos las poderosas armas con que se defendió de sus enemigos: Si el Infierno se vale de ardides, y artificios, Antonio ora: *Pernoctabat in oratione, (ibid.)* la oracion es su escudo: vela, *vigiliis*, y la vigilancia es su armadura: à la oracion, y vigilancia, junta la fé, *fide*, y su fé triunfa: à las grandes pasiones opone grandes virtudes.

¿Pe-

¿Pero podrá menos de rendirse la constancia de Antonio al ver el universal estrago que amenaza à toda la naturaleza? Ah, Catolicos, ¡qué idea tan indigna formais de la constancia de Antonio! Antonio rendirse! forma en su frente la sagrada señal de la santa Cruz, è inmediatamente queda confundido el Infierno.

¡Oh, Cruz de Jesu-Christo! vos sois para Antonio, como para Constantino, señal segura de la victoria: aquellas palabras, *In hoc signo vinces*, se dirigen tanto à aquel Emperador como à nuestro Solitario: ambos tienen que mantener una guerra muy dificil, uno contra los enemigos de su Corona, otro contra los de su salvacion. Constantino para asegurar su Trono; Antonio para asegurar su santidad: el primero para llegar al Imperio, el segundo para merecer el Cielo; Constantino contra Magencio, Antonio contra el Infierno: ambos caminan bajo el Estandarte de la Cruz, y à vista de esta augusta señal sus enemigos tiemblan, huyen, y quedan derrotados. Con la Cruz triunfa Constantino de un Exercito poderoso, y Antonio triunfa de la mas horrible persecucion. La victoria de aquel Monarca, es la epoca de una prodigiosa revolucion en la Religion, y en el Imperio: la victoria de nuestro Santo, es tambien la epoca de una revolucion que introduxo la paz en su retiro, y el sosiego en su conciencia. Ambos, baxo la proteccion de la Cruz, dan al mundo un espectáculo admirable: Constantino ofrece el espectáculo de un Cesar Christiano, y Antonio el de un Solitario Legislador: *In hoc signo vinces.*

¡Oh, Catolicos! si fuéramos en espiritu al desier-

sier-

sierto de Antonio, le veriamos instruyendo à sus discipulos con su exemplo, descubriendoles los artificios del Infierno, y arreglando su fervor; le veriamos enseñarles, que con la gracia no hay tentacion, por fuerte que sea, à que no pueda resistir el hombre flaco: Antonio resiste, y se aprovecha de las tentaciones; se aprovecha para cuidar mas atentamente de sus sentidos, de su espiritu, y de su razon; se aprovecha para pelear continuamente contra sí mismo, y para no mirar la calma, como estado de seguridad.

No os parezca, Señores, que se reduce todo el merito de Antonio à haver sufrido sin interrupcion por espacio de un siglo entero todo genero de combates; consume este mismo merito con un siglo entero de servicios hechos sin interes.

Pero, perdonadme, Señores, me he engañado, todas las acciones de Antonio estuvieron siempre acompañadas de un poderoso interes: este fue el interes de la justicia, de la verdad, y de la virtud: ¿à quántos hombres fueron utiles sus servicios? *Multis utilis fuit.* (*Athan. in vit. Ant. cap. 11.*) El retiro era su delicia; pero inmediatamente que sabe que este retiro es perjudicial à algunos infelices que reclaman su mediacion, le abandona: sale de él, luego que juzga ser necesaria su presencia à la humanidad, ò à la Religion: la humanidad le lleva à los tribunales de la justicia, para implorar la clemencia de los Jueces, que van à condenar à muerte à los delinquentes: habla Antonio, è inmediatamente triunfa: se desarman los Jueces, mudan las sentencias, se desatan las cadenas de los presos, y

el dia destinado à su suplicio se convierte en el de su libertad.

La Religion, despues de haver llevado à Antonio al desierto para su santificacion propia, le hace salir de él para que santifique al mundo: ¡Antonio antes en la soledad, y ahora en Alexandria! ¿qué contradiccion es esta? En su soledad huía de las tentaciones de la Philosophia, del error, y de la idolatría; y en Alexandria corre à impugnar à los Sabios, à confundir à los Hereges, y à desafiar à los Tyranos.

En Alexandria hacian grandes progresos unos hombres que se tenian por Philosophos; su guia era la razon soberbia: eran idólatras por politica, examinaban sus misterios por razon de estado, y tenian interes en persuadir su culto. Al mismo tiempo que interiormente despreciaban los simulacros, hacian ostencion de ser sus Panegyristas: el nombre de Antonio los asusta; Antonio es Christiano, y este es un titulo que le degrada para con ellos: es Solitario, y esta es una recomendacion muy poco favorable de sus talentos. Desean verle, preguntarle, y confundirle: *Sapientes eum irridere cupiebant:* (*Athan. in vit. S. Ant. c. 17.*) llegan, le hablan, y le arguyen, y quedan admirados, desarmados, y vencidos: *Victi sunt:* el que conoce à Dios todo lo sabe.

Oh, Dios de verdad! Poned, Señor, en mi boca aquellas eficaces razones, que en la de Antonio fueron otros tantos rayos. ¡Oh, espectáculo admirable! ¡un Solitario convertido en apologista de la Religion! Antonio añade à sus singulares virtudes un

extraordinario talento: Antonio ora como piadoso contemplativo, y disputa como Philosopho sabio: ¿qué sabiduria se advierte en sus discursos, qué energia en sus reflexiones, y qué ardor en sus réplicas? Junta con el mas noble zelo la erudicion mas vasta; contrapone Jesu-Christo, à quien adoran los Christianos, à los vanos simulacros que adora la idolatria: temblais, dice à los Philosophos, temblais en presencia de esos vanos idolos, obra imperfecta de vuestras mismas manos: el Dios, que recibe nuestros respetos, manda al Cielo, y à la tierra, al tiempo, y à la eternidad: Antonio, sin erudicion es mas sabio, que los mismos Sabios: *illiteratus erat doctis doctior*. Aprovechate, ò Santa Religion de Jesu-Christo; aprovechate de los importantes servicios, que te hace un Apostol Anacoreta: Antonio convence à dos Philosophos: obra muchas conversiones, y su zelo queda coronado con infinitos triunfos.

En medio de estas felicidades se levanta una obscura nube, que inquieta, y contrista à su alma, y le hace prorrumpir en suspiros, y sollozos: ¿pues qué es lo que ha visto en el libro cerrado de los futuros destinos? Ah! exclama entre aflicciones, y llanto; la Iglesia está amenazada de un peligro nunca visto: muy presto una horrible borrasca cubrirá de luto la heredad del Señor: cumplase el Oraculo; aparece la mas monstruosa de todas las heregías, y con ella una infinidad de males, que ponen la Religion en el mayor peligro.

Poco repara la heregía en las calumnias, como consiga con ellas poner en el numero de sus partidarios los nombres de las personas mas ilustres:

A. no ha-

hace alarde de tener muchos discipulos, para engañar à otros; y llegó à tanto su osadia, que puso en el numero de estos à San Antonio: favorecida de este nombre juzgaba havia de conseguir muchos triunfos, y ¿qué heregía es esta, que se preció de tener à San Antonio por uno de sus sequaces? El Arrianismo, Catolicos, el Arrianismo, heregía tan famosa por sus impiedades, como por sus felices sucesos. Su autor fue un monstruo, prodigio de soberbia, de atrevimiento, de ambicion, y de hipocresia: fue un talento singular, altivo, sabio obstinado, novador por venganza, impio por sistema, tan politico que supo ganarse la proteccion de los Grandes, y tan malvado que abusó de esta misma proteccion: no es del caso referir aquí los Obispos, à quienes engañó Arrio, los Cortesanos que supo corromper, y los sabios que atraxo à su partido. Tampoco quiero detenerme en manifestaros los fraudulentos equívocos, que inventó el Arrianismo, los conciliabulos que juntó, ni las demás astucias de que supo valerse: basta decir, que el Arrianismo es una heregía, que no conoce à Jesu-Christo por Hijo de Dios, le niega el ser Dios el mismo, y consubstancial al Padre.

Esta era la heregía, que cita al nombre de Antonio, y que juzga que favorecida de este nombre, podrá hacer sus impiedades respetables: llega esta noticia à Alexandria, una noticia tan favorable à la impiedad se estiende por todos los lugares en donde la heregía tiene protectores, y éstos como interesados procuran acreditarla.

Pero en vano te lisongeeas, ò soberbio error, de

contar entre tus Heroes à los Heroes de la Religion. Sabe Antonio el falso modo de pensar, que se le imputa, y llevado de una justa indignacion: *Justi doloris ira commotus. (ibid.)* Vuela en alas de la verdad à Alexandria: *Alexandriam descendit.* Allí justifica su Religion calumniada por la mentira: declara, que el Verbo es Hijo de Dios, no por creacion, ni por adopcion; que es Hijo natural del Padre, propio Hijo del Padre, y substancia del Padre. Su zelo interesa à Constantino en la causa de Athanasio: avisa à este Principe, que le han engañado en la materia de la Religion; que la iniquidad es solamente, quien ha dictado en el conciliabulo de Tyro, la sentencia injusta, y cruel que priva à la Iglesia de su mas zeloso defensor. Escribe con heroyco valor al usurpador de la Silla de Alexandria, que el error ocupa el lugar de la verdad, que la injusticia reyna sobre las ruinas de la equidad: ¿quién es el que escribe asi? ¿Quién el que habla de este modo? ¿Quién ha de ser? Antonio, que caluminado de discipulo, y defensor de Arrio, provoca contra Arrio, y contra el Arrianismo el zelo de los Obispos, la autoridad de los Principes, y los rayos de los Concilios. Antonio, que publica en Alexandria, que los Arrianos son enemigos de Jesu-Christo, de su Iglesia, del Estado, enemigos del mismo Antonio, y de sus discipulos: Antonio, cuyo principal cuidado es apartar aun las menores sospechas del Arrianismo, del santo desierto en donde habitan con él la paz, la justicia, y la verdad. ¿A cuántos engañados Hereges convence? ¿A cuántos Catolicos timidos confirma? Quanto mas se enfurecian los sectarios

de Arrio, al ver el fervoroso zelo, con que se le oponia San Antonio, tanto mayor era el consuelo, dice San Athanasio, de los hijos de la fé, al ver impugnada una heregia, enemiga declarada de Jesu-Christo por esta firme columna de la Iglesia: *Lætabantur inimicam Christo hæresim anathematizari ab Ecclesiæ columna. (ibid.)*

No solamente venció la heregia, sino que tambien se expuso al furor de los Tyranos.

Un Emperador, enemigo de los Christianos por politica, mas que por Religion, injusto en su odio, implacable en su venganza, cruel en sus resoluciones; genio cobarde, y timido que colocado sobre un Trono bañado de sangre, cree que ha de asegurar con la muerte de sus vasallos su autoridad; Rey cruel, Juez parcial, capaz de todos los horrores, pues se governaba por sus vicios: Principe, cuya vida fue un enlace de desordenes, el reynado una continuacion de persecuciones, y la muerte un conjunto de todos los delitos: Maximino, este declara à la Iglesia la mas sangrienta guerra: sus ordenes encienden en todas partes el fuego de una horrible persecucion; de todas partes salen decretos de muerte; pero la tempestad descarga con mas furor sobre Alexandria. Alexandria se convierte en sepulcro de Christianos; sabelo Antonio, ¿y qué os parece, generosos Martyres de Jesu-Christo, que Antonio ha de ser indiferente espectador de vuestros trabajos? Vuestro peligro le interesa, porque interesa à la Religion: parece, que se renueva su juventud, como la del Aguila; necesitaba yo de una infinidad de colores, para pintaros, Catolicos, las varias formas,

mas, de que se revistió su zelo: unas veces compasivo, visita à los encarcelados, besa sus cadenas, y las baña con sus lagrimas: otras veces eloquente anima à los confesores de la fé, los acompaña hasta el pie del sepulcro, y ya que no puede participar de sus combates, à lo menos es testigo de sus victorias: otras, finalmente, valeroso, y constante se presenta à las amenazas, insulta à los idolos, y provoca à los Jueces: y solo siente que no le concedan el premio de su fé, y de su constancia.

Abandonen à los Martyres otros Politicos cobardes, que Antonio no los ha de abandonar; antes ha de permanecer firme, como una invencible roca: *Impavidus*. Envidia las carceles, anhela por los suplicios, y la misma muerte es tarda, segun sus deseos para consumir su sacrificio: procura que todos reparen en él, y para esto se presenta en los lugares mas eminentes: *In eminenti loco*, (*Athan. in vit. Ant. cap. 16.*) se distingue de todos por su vestido: *Candenti præcinctus veste*. ¡Oh, cuánto desea derramar su sangre por la Religion! Pero su zelo solo halla admiradores, y no irrita à los Tyranos: consuelate, Antonio, pues hallarás la muerte que huye de tí en los cadalsos, en el altar de la penitencia donde sufrirás mas largo Martyrio. Aunque no seas víctima de la fé, y de la verdad, lo serás de la caridad, y de la mortificacion: los servicios, que hicistes à la Religion, duraron tanto tiempo como tu vida, cuyas maravillas estuvo admirando la Iglesia por espacio de un siglo entero. ¡Oh, vosotros, los que le despreciáis, ya podeis haver aprehendido à conocerle: ya haveis visto el merito de su santidad:

Vi-

Videte contemptores. A este merito debe San Antonio el resplandor de su fama: ya há quince siglos que goza en la Iglesia de esta reputacion: la que admirareis en la segunda parte de este discurso: *Contemptores admiramini*.

SEGUNDA PARTE.

SI la fama de un Sabio se prueba por la reputacion, que goza en el imperio de las letras, con mucha mas razon se podrá probar la fama de un Santo, por la reputacion que goza en los fastos de la Religion: la fama, pues, de San Antonio empieza en el tiempo de su vida, se aumenta en su muerte, y se perpetúa desde entonces hasta nuestros dias.

¿Qué hombres habrá tan temerarios, que se atrevan à oponerse à una reputacion de quince siglos? ò por mejor decir, ¿cómo podrán dexar de reflexionar, y admirarse? *Contemptores admiramini*.

¿No podremos decir en honor de San Antonio, lo que publican los libros santos en alabanza de Esther? *Fama nominis ejus per ora populorum volitabat*. Todos los Pueblos hablan de él de un mismo modo. Su nombre vuela en alas de la admiracion desde la Aurora al Ocaso, desde el Septentrion al Meridiodia: *Fama nominis ejus per ora populorum volitabat*. (*Esther 9.*)

¡Oh, prodigio! exclama San Athanasio: Antonio havia puesto entre sí, y el mundo una soledad impenetrable; pero este mismo hombre, escondido en los montes de Egipto, viene à ser el espectáculo de todo el universo, y de todas partes del

mun-